

Comentarios a un crimen

A su debido tiempo, la prensa diaria habló del niño de doce años, Manuel Rodríguez, que asesinó a una hermanita suya, de pocos meses, golpeándola primero con una piedra y arrojándola después al Manzanares por el pretil del puente de Segovia.

«¿Es responsable el precoz homicida de lo hecho?...»—se preguntaba el público—; y la sagacidad con que el matador, al principio, negó su delito, y luego el aplomo con que lo glorificó, inducen a responder afirmativamente. Ese niño—fallecido hace algunos días en la enfermería de la Cárcel Modelo—era consciente de su crimen, puesto que supo dar al Juez la razón terminante, el motivo concreto, de «por qué mató». Manuel asesinó a su hermana, «porque su madre le obligaba a tenerla siempre en brazos, y la criaturita lloraba mucho». Al muchacho ¡claro!, le aburría aquella carga, y en su feroz egoísmo infantil se deshizo de ella. Aquí, en la comprobación y circunstanciada reconstrucción del hecho delictivo, se detiene el legista, quien, para castigarlo condignamente, le aplicará el artículo «tantos»... del Código. Los médicos van más lejos: estos examinarán los caracteres hereditarios del acusado, y nos hablarán de prognatismo, de degeneración, de parálisis en los centros centrí-fugos, de asimetría cerebral... De ahí no pasarán, pues su gran tirana, la experimentación se lo prohíbe; para ellos, como para Condillac la verdad termina donde alcanzan los ojos y las manos del investigador. Por suerte de todos, el psicólogo, induciendo unas veces, deduciendo otras, puede ensanchar ese horizonte harto mezquino. Sin despreciar la neurona, el psicólogo prosigue la sensación en lo que tiene de espiritual, y no satisfecho con tener la idea, busca su origen y su génesis a través de la herencia.

En nuestro mundo ético interior influyen, evidentemente, el temperamento de nuestros progenitores, la alimentación, las enfermedades y otros factores de orden físico; pero sería temerario negar que, tanto como aquellos agentes, ejercen acción directa sobre nosotros otras fuerzas de estirpe moral, tales como la educación que recibimos y el ambiente de sufrimiento o de alegría que rodea nuestros primeros años. Yo creo que en la quercia está contenido el hombre, «todo el

hombre» futuro, y creo asimismo que, por obra de nuestra defectuosa organización social, flota como un imperativo de la herencia, sobre todos los niños—y particularmente sobre los niños de la clase pobre—, un ambiente irreducible hasta ahora de injusticia y de dolor. ¡El dolor transmitido con la sangre!... ¡El dolor que se dibuja en las almas recién nacidas con la primera luz, y es a ellas lo que al cuerpo la sombra!... El dolor, diluido en la leche que fluye de los senos maternos y flota invisible en el aire, como el polvo!... Y estas no son quimeras de poeta sino realidades científicas, pues la experiencia ha demostrado que los hijos de unos padres que lloraron mucho, generalmente son tristes.

Es indispensable haber habitado en un «patio de vecindad» o en una «casa de corredor» para medir el inmenso dolor—un dolor de siglos—que planea, semejante a un pajarraco de maleficio sobre millares de hogares insalubres, oscuros, fríos, sórdidos, hostilizados por los fantasmas trágicos de la ineducación y de la miseria. En esos cuartos, contaminados de la tristeza del taller, reinan esa violencia, esa cólera, que ponen en las palabras y en los ademanes el sufrimiento. El hombre, para quien la vida es desagradable, se halla inclinado a pelear y a hacerle cosquillas a la muerte. En el alma, como en el mundo objetivo, todo es una trabazón de hechos rigurosamente matemáticos. Examinemos nuestra conciencia y reconoceremos que, si acogimos al amigo que vino a visitarnos con una frase incorrecta o un gesto agresivo, fué—quizás—porque teníamos los pies fríos, y este frío determinaba en nosotros una irritabilidad.

He aquí el origen de esas disputas que llenan de ruido,—y a veces de sangre—las casas pobres, especialmente los sábados, en que el vino, bebido a la salida del taller, antes acucia las secretas penas que la postiza alegría de los obreros. Al volver, malhumorado, de su trabajo, el marido, por el detalle más nimio se irrita y abofetea a su mujer; la cual, a su vez, para desahogar de algún modo su cólera, vapuleará a los niños. Estos nada pueden hacer y se acostarán llorando; son los más débiles; pero la convicción de que fueron castigados injustamente incubará en ellos un odio, un estado malsano de rencorosa excitación, y a la mañana siguiente, cuando se encuentren en la calle, se pegarán unos a los